des cambios: uno de ellos dividirla por medio en sus dos lados; en el del Sur por la nueva calle Xicoténcatl, derribando la capilla del Hospital con otras dependencias suyas, y en el del Norte por un callejón llamado de Cincuenta y siete, que gradualmente se ha ido convirtiendo en callejuela. El tránsito de una á otra de estas nuevas vías dió á la antigua animación y vida, que fué aumentando á medida que se fueron construyendo casas en lo que había sido convento, y ahora que se encuentra habitado todo su lado del Norte, no obstante que queda en el opuesto la tapia del Hospital, ha ganado mucho en compañía.

Aun después de esto, por muchos años estuvo la casa número cuatro de esta calle abandonada y casi reducida á ruinas. Con excepción de su fachada y pocas piezas de ella, más que casa parecía aquello solar yermo: muros derruidos y montones de piedras llenaban el patio. El año 1889 vino esta finca á manos del Lic. D. Manuel Dublán, persona de caudal, emprendedor y á quien no faltaba gusto; dueño de la gran casa de baños que hay en el lado Poniente de la segunda calle del Factor, cuya espalda toca con la espalda de esta casa. Es presumible que de aquí naciera en él la idea de adquirir dicho solar para, con nuevo y mayor atractivo, mejorar su antiguo establecimiento, como lo consiguió.

Ocupa todo el espacio de la derruída casa un amplísimo estanque para baños fríos de natación, de forma cuadrilonga y suficiente profundidad;[1] á derecha é izquierda veinticinco cuartos de cada lado y once en el fondo, donde pueden desnudarse y vestirse hasta sesenta y un bañadores; en cada esquina del fondo hay un baño de regadera y chorro y en el medio una puerta de comunicación para el baño del Factor; hacia la calle Espalda de la de San Andrés tiene la entrada principal, con una fachada sencilla, pero elegante. Los lados de la entrada son dos salones destinados: el de la derecha para ejercicios gimnásticos, y el de la izquierda para Despacho, muy decentemente amueblado con un grande espejo y piano.

La principal belleza de este establecimiento consiste en las pinturas de sus paredes: la de la derecha representa un mar en mediano movimiento, y un buque de alto porte que navega majestuoso en él; la de la izquierda es alegre y risueña por demás: allá en lejano término, de entre las paredes de un molino, sale por un caño de madera el agua que hizo la molienda; la que no sirvió se despeña formando una cascada. Más acá, en término más próximo, se presenta otra cascada cuyas aguas forman primero un remanso, y corren después por un espacio ancho y sin fondo, para venir á morir en un gran lago donde nadan patos y cruza una piragua con varios pasajeros.

1 Las dimensiones del estanque son: metros 28.50 de largo, 16 de ancho y 2 de profundidad, con declive correspondiente en el fondo.

Entre el riachuelo y el lago entra, á manera de península, un recuesto poblado de árboles y cubierto de menuda yerba. Un pastorcillo, sentado al pie de un tronco, cuida su rebaño: unas ovejas pacen, otras, con tres reses vacunas, apagan su sed en el medio del riachuelo, y una tierna pareja de varoncito y hembra le van cruzando con el agua á medias piernas y la ropa levantada: limita el paisaje un monte cubierto de espesas arboledas. Tal es la naturalidad de la pintura que se ven mover las gentes y los animales.

Mayor verdad hay en la perspectiva del fondo: aquel paisaje no tiene término; muy á lo lejos se distingue una serranía y tras ella el espacio, pintado con tal arte, que aprovechando el pintor la mucha elevación de la pared, que no permite ver otro edificio, nada pintó ni puso que marcara su borde, por manera que estando limpia la atmósfera se confunden ambos espacios, el pintado y el natural, sorprendiendo agradablemente al espectador aquella falaz verdad.

Es la pintura al óleo, ejecutada por el Sr. Domingo Echánez, pintor mexicano, nativo de Zacualtipán, población, antes del Estado de México, y ahora del de Hidalgo, pobre y modesto, como de ordinario son los que tienen verdadero mérito.

ANGEL. Calle del

Situada de Norte á Sur, esta calle sigue de la del Puente del Espíritu Santo y precede á la del Tercer Orden de San Agustín.

El día 15 de Abril de 1765 se abrió en esta calle en la acera que ve al Oriente y esquina de la calle de Cadena, la primera tercena en que se vendió tabaco por cuenta de la Real Hacienda. No duró mucho tiempo allí, y se pasó en frente en la misma calle, es decir, á la esquina que forma ángulo con la de las Capuchinas, de donde se trasladó más tarde á la calle de Vergara, en donde permaneció hasta nuestros días.

SAN ANTONIO ABAD.

De la iglesia que hubo con este nombre se derivaron los de la *Calzada de San Antonio Abad*, de la calle del *Puente de San Antonio Abad* y el del callejón de *San Antonio Abad*.

La calle del Puente y la calzada corren de Norte á Sur, siendo ésta continuación de aquella. Comienza la primera en la esquina del callejón de Tlaxcuaque, sigue sobre el puente llamado de San Antonio Abad, y termina en la esquina del callejón de igual nombre. De allí sigue en la calzada, que concluye en la garita.

Esta vía es de las más antiguas de la ciudad, como que existe desde

el tiempo de los aztecas: era una de las tres entradas que tenía por tierra la gran Tenoxtítlan, la más ancha y la más larga, puesto que podían venir por ella ocho hombres de frente á caballo, y que terminaba en Ixtapalapa, cuyo nombre tenía; desde entonces se la consideró dividida en dos porciones, una dentro de la ciudad y la otra fuera de ella. El punto en donde se dividían era el puente, que en aquella remota época fué de vigas y ahora es de piedra. "Pasada la puente en dirección "al Norte, dice Orozco y Berra, [1] comenzaba la calle de la ciudad, "recta, ancha y hermosa, formada á ambos lados por grandes y her-"mosos edificios mezclados con teocallis." Después del puente en dirección al Sur, á corta distancia de él, hacia la izquierda, hubo un templo llamado Xoluco, que extendió su nombre al barrio, y más adelante un fuerte á que decían Xóloc,[2] que era indispensable pasar para entrar á la ciudad. Xóloc era, pues, el nombre del sitio y del fuerte; en el sitio concurrían formando ángulo dos calzadas, la una que venía de Ixtapalapa, y la otra de Coyoácan, y caía sobre la primera oblicuamente. El fuerte era un muy buen baluarte con dos torres, circundado de un muro de diez pies de alto, con su pretil almenado por toda la cerca, que caía á ambas calzadas, y dos puertas, una para entrar y otra para salir, y un puente levadizo.

Pocos barrios de México ofrecen tantos interesantes recuerdos como el que nos ocupa: fué el primer punto alrededor de la isla en donde los fatigados aztecas descansaron en su larga peregrinación por el lago, señalándole con el nombre de Nexticpac;[3] por esta calzada entró Cortés á Tenoxtítlan cuando vino de amigo á conocer á Moctezuma II; y en Xóloc estableció su cuartel general dos años después, cuando sitió la ciudad. De cada una de estas épocas brotó una fuente abundantísima de recuerdos; la primera para los aztecas, las dos siguientes para ellos y para los nuevos pobladores de la ciudad. ¿Qué cosa más digna de conmemorarse para los indios que el terrífico aparato que D. Hernando desplegó en su primera entrada en Tenoxtítlan, y el mucho más rico y grandioso con que el monarca y su corte recibieron á su huésped? Cuatrocientos españoles y más de seis mil indios aliados componían el ejército de Cortés: con esta gente salió de Ixtapalapa el martes 8 de Noviembre de 1519, y, bien fuese por intimidar á los natu-

1 Historia Antigua y de la Conquista, libro II, cap. 11.

2 Xoluco, Xóloc y Xoloco, son variantes accidentales de una sola voz que es el nombre de una divinidad que presidía á las cosas dobles; señaladamente aquellas que, en concepto de los aztecas, eran monstruosas. En el barrio de San Antonio Abad tuvo este dios un templo, al cual dió su nombre, extendiéndole al barrio y al fuerte; y acaso fué colocada en ese sitio tal deidad, porque en él se juntaban dos calzadas. Debo el conocimiento de esta deidad y la explicación al Sr. D. Francisco del Paso y Troncoso.

3 Historia Antigua y de la Conquista, lib. II, cap. 11.

rales presentando á sus ojos un aparato militar enteramente nuevo para ellos, ó porque temeroso de ser atacado creyese conveniente caminar como debe hacerlo todo General prudente, que entra en país desconocido, y más bien enemigo que amigo, el hecho fué que él ordenó su gente en son de guerra, apercibiendo de ello á sus soldados. . . . . "luego de mañana comenzaron los maestres de campo y capitanes á "ordenar su ejército poniendo á los de á caballo en su orden, y á los "de á pie en la suya, poniendo en su lugar los arcabuceros, y en el "suyo á los ballesteros, y así todos los demás, conforme el arte y uso "del ejercicio militar; de manera que la vanguardia guiaba al ejército, "y el bagaje iba en el medio de la batalla, y la retaguardia en el pos-"trero de la batalla, todos ordenados, como quien había de dar batalla "á los mexicanos si saliesen de guerra contra ellos. Habiendo puesto "el ejército en todo su concierto comenzaron á moverse de Ixtapala-"pa camino de México, extendidas las banderas y tocando los atam-"bores con gran sorna y aparato para poner miedo á todos los que lo "vían."[1]

Aunque los soldados españoles eran en reducido número, pues apenas pasaban de cuatrocientos, por medio de las alianzas que había celebrado Cortés con los enemigos del imperio mexicano, aumentó su ejército hasta cerca de siete mil hombres, de suerte que, como prosigue el autor citado "apenas se había movido la retaguardia de Ixtapa-"lapa cuando la vanguardia entraba ya á México."[2] Delante de todos iba un indio pregonando en lengua nahuatl que ninguno se atreviera á cruzar el camino pena de ser muerto.

Abrían la marcha, como es de uso en los ejércitos, unos jinetes, ó sean batidores, de descubierta, que llevaban dos lebreles, y en el lugar debido venía Cortés á caballo. Hasta el punto de Xóloc salieron á recibirle cerca de "mil nobles y personas principales con mantas muy "galanas de distintos colores, los cuales al llegar le daban la bienveni-"da uno por uno en su lengua, haciendo el acatamiento acostumbra-"do de inclinarse, tomar tierra con el dedo mayor de la mano dere-"cha y llevárselo á la boca." Más de una hora duró aquella ceremonia, y concluída, siguieron los españoles su camino.

Moctezuma, con un acompañamiento si no tan numeroso, no me-

1 "Relación de la Conquista || de esta Nueva España || como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes. || Convirtióse en lengua española, llana, é inteligible, y bien enmendada || en este año de 1585." Publicóla en México y en la imprenta de D. Ignacio Cumplido, el año 1840, D. Carlos María Bustamante, con el título de "La || Aparición || de || Nuestra Señora de Guada-"lupe || de México || Comprobada con la refutación del argumento negativo que "presenta D. Juan Bautista Muñoz, fundándose en el testimonio del P. Fr. Ber-"nardino Sahagún. . . ." etc. Cap. XV.

2 El mismo en el propio lugar.

nos lucido, supuesto que le formaban los dignatarios y nobles de su imperio, y los jefes y oficiales de su ejército, salió á recibirlos "en "aquel trecho que está desde la iglesia de San Antonio (que ellos lla- "man Xoluco) que va por cave las casas de Alvarado, hacia el hospi- "tal de la Concepción," que es precisamente el trecho que ocupan las tres calles del Rastro y la del Puente de Jesús. Bajado este puente, entrando por la calle de la ciudad, encontraron en orden procesional la regia comitiva compuesta de hasta doscientos señores, de los más principales, con ricos y elegantes trajes, bien que descalzos porque estaban en presencia del Emperador. Al cabo de tan lucida procesión, que ocupaba el espacio de las cuatro calles dichas, seguía Moctezuma por el medio de la calle sentado en riquísimas andas que cargaban sus nobles en los hombros. Cuando se bajó de ellas cuatro señores le cubrieron con un palio, según dice Bernal Díaz del Castillo, testigo presencial, "muy riquísimo á maravilla, y la color de plumas verdes con "grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chal- "chihuis, que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho "que mirar en ello."[1] Moctezuma vestía lujosamente y calzaba sandalias con suelas de oro; sosteníanle para andar, por el brazo derecho Cacámac, Señor de Texcoco, por el izquierdo Cuitláhuac, Señor de Ixtapalápan, y le seguían los Señores de Tlacópan y Coyoácan. Precedíanle tres personas como heraldos, una en pos de otra con una vara de oro, á manera de cetro, levantada en señal de que se acercaba la Majestad. Por delante criados y pajes, de dos en dos, limpiaban el suelo de pedrezuelas y basurillas, y tendían mantas ricas al paso, pues el monarca desdeñaba tocar la tierra con los pies.

Al descubrir Cortés á Moctezuma se apeó del caballo, se adelantó y quitándose la gorra saludó á la manera española; Moctezuma y los dos príncipes acompañantes, correspondieron á la suya inclinándose reverentes hasta tocar la tierra con las manos. En seguida, por medio del intérprete, Marina, se dieron mutuos parabienes por haberse conocido, y Moctezuma ofreció á Cortés la mano, que éste aceptó quitándose después del cuello un collar que traía prevenido, y que describe Bernal Díaz diciendo que *era de piedras de vidrio, que tenían dentro muchos colores y diversidad de labores, ensartadas en unos cordones de oro, perfumados con almiztle, para que diesen buen olor.*[2] Al poner Cortés este collar al cuello del Emperador quiso abrazarle; pero los señores que le acompañaban lo impidieron, porque entre ellos se tenía el abrazo por signo de menosprecio.

Terminados estos cumplimientos se volvió Moctezuma con Cacámac, quedándose Cuitláhuac para acompañar á Cortés; y éste se de-

1 Historia verdadera de la conquista de Nueva España, cap. LXXXVIII.
2 Allí mismo.

tuvo porque todos los nobles del cortejo llegaron á ofrecerle sus respetos.

El Emperador, para corresponder el obsequio que el General español le hizo del collar, mandó á un servidor que le trajese dos; traídos que le fueron se detuvo en espera de su huésped, y cuando hubo llegado se los puso al cuello. Estos collares eran, según escribió Cortés á Carlos V, de huesos de caracoles colorados, que los mexicanos estimaban en mucho; de cada collar colgaban ocho camarones de oro muy perfectos, tan largos como un jeme.[1]

No puede caber duda en que habiendo llegado el imperio mexicano á un altísimo grado de esplendor bajo el reinado de Moctezuma II, las costumbres de su corte eran fastuosas, y que por consiguiente el ceremonial del recibimiento hecho á Cortés fué magnífico, según puede leerse en cualquiera de los historiadores, pues, con ligerísimas diferencias accidentales, en este punto todos están contestes; pero no lo están respecto de la actitud que tuvo el pueblo en este acontecimiento: Sahagún asienta en el lugar citado antes, que *por mandato de Moctezuma, hubo una soledad en todo el espacio, que fué una cosa muy notable y significativa.* Gomara refiere que *en las puertas, ventanas y azoteas, había tanta gente para ver á los españoles, que no se sabe quién se admiraría más, si los castellanos de tanta muchedumbre de hombres y mujeres que aquella gran ciudad tenía, ó ellos de la artillería, caballos, barbas y trajes de hombres que nunca habían visto.*[2] Cual haya sido la verdad no es fácil saberlo; sin embargo, es probable que Sahagún diga lo cierto: sospechas hay, y vehementes, de que no agradando por aquellos tiempos en la corte de Madrid lo que él escribió en el libro doce de su historia, que trataba de la conquista de México, se le obligó á que le reformase, como le reformó en efecto *quitando cosas que había puesto, y poniendo otras que había callado:* "Por esta causa, este año de mil quinientos ochenta y cinco enmendé este libro."[3] Posible es que uno de los pasajes que se le hicieran retocar fuese el recibimiento hecho á Cortés por el pueblo azteca. Corrobora esta sospecha la circunstancia de faltar dos hojas á la obra de Juan Suárez de Peralta, que con el nombre de "Noticias históricas de la Nueva España," sacó á luz en Madrid el año 1878 D. Justo Zaragoza. Sospecha el Sr. Zaragoza que estas hojas fueron "con intención arrancadas," y no se extraviaron, antes de que

1 Carta segunda fechada el 30 de Octubre de 1520 en Segura de la Frontera.
2 Historia || de las conquistas || de || Hernando Cortés || escrita en español || por || Francisco López de Gomara || traducida al mexicano y aprobada por verdadera || por D. Juan Bautista de San Antón Muñoz Chimalpaín Quauhtlehuanitzín, indio mexicano. Publícala || para instrucción de la juventud nacional, con varias notas y adiciones || Carlos María Bustamante. México: imprenta de la testamentaría de Ontiveros, 1826. Cap. 62.
3 Relación de la conquista || de esta Nueva España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes; || citada ya.

fuese encuadernado el original, porque "en una nota del índice, de letra de la época, se dice que ya "no estaban los folios 64 y 65," que pertenecen precisamente al capítulo XIII que trata: "De cómo llegó Hernando Cortés á México, y del recibimiento que le hizo Moctezuma."[1] La hidalguía española, libre ya de las preocupaciones de los pasados siglos, puede aclarar esta duda, publicando, si se conservan, las hojas arrancadas de la obra de Peralta, y el libro doce de la del P. Sahagún, tal cual fué primeramente remitida á España.

Si no estuviera tan bien identificado el sitio que ocupó la iglesia de San Antonio Abad, por ser el mismo en que puso Hernán Cortés su cuartel general cuando asedió la ciudad de Tenoxtítlan, podríamos dudar de ello, porque todos los historiadores, algunos copiándose entre sí, le asignan de distancia media legua del centro de la ciudad, no siendo más de mil quinientas varas lo que hay desde la cruz del ángulo del Oriente del cementerio de la Catedral hasta él; error muy disculpable, que debe atribuirse á que las distancias en la época de la conquista, y algo después, más bien se calculaban que se medían, y hoy mismo nos parece muy distante el edificio que allí se conserva.

La iglesia de San Antonio Abad, no la que conocimos, sino la ermita que le dió origen, se debe á la devoción de un hombre llamado Alonso Sánchez, quien en Cabildo de 19 de Enero de 1530, presentó una solicitud al Ayuntamiento pidiéndole que le señalara sitio en donde hacer á este santo una ermita á su costa. Esto aparece del acta del cabildo citado; sin embargo, es creíble que él hiciera alguna indicación del sitio que pedía, y tal parece inferirse de los términos de la concesión, que á la letra dice: "Este dia los dichos señores de pedi-"mento de alonso sanchez e porque dixo que a su costa queria hazer "una hermita de señor san anton los dichos señores le señalaron un sy-"tio donde puede hacer la dicha hermita ques en la calzada que ba "desta cibdad a estapalapa hasta cantidad de un solar en largo sobre "la mano izquierda a la punta de una ysleta que alli *esta con tanto que si* "*algunos yndios tienen derecho al dicho sitio o a las casas que en el es-*"*tovieren se lo pague e contente a los dichos yndios* el qual dicho solar "ha de lindar con el agua de entrambas partes por lo ancho del dicho "solar."

Nada más dice esta acta sobre este punto; en otros casos análogos se expresa en ocasiones si el solicitante fué conquistador, y en otras habiendo sídolo se omite; en el presente nosotros lo ignoramos, pero nos inclinamos á creer que algún acontecimiento personal en la guerra de conquista fué la causa que movió á Sánchez á levantar en aquel

1 Noticias Históricas || de la || Nueva España || publicadas || con la protección del Ministerio de Fomento || por || D. Justo Zaragoza. || Madrid. || Imprenta de Manuel G. Hernández. || San Miguel, 23 bajo. || Nota 22, pág. 308.

sitio tan apartado entonces, y ahora, una capilla al santo que tal vez invocó en su aprieto. Sea de su origen lo que fuere, con el tiempo llegó á convertirse en hospital utilísimo para los pobres.

Los Canónigos Regulares del Orden de San Antonio Abad de Viena se extendieron desde tiempos muy remotos á la península ibérica y fundaron en ella treinta y siete casas: veintitrés en los reinos de Castilla y de León y catorce en los de Aragón y Navarra, comprendiéndose en ellas la ermita de Orihuela, mas no las dos preceptorías ó Encomiendas de Olite en el reino de Navarra y de San Antonio Vienense en la ciudad de Palma de Mallorca en las Islas Baleares, que fueron siempre consideradas como independientes de las otras casas. De la que tenían cerca de la ciudad de Burgos vino la fundación á México en año que no podemos fijar, aunque inclinándonos á dar asenso á la noticia que dice D. Ignacio Carrillo Pérez haber hallado en un manuscrito donde se lee que hizo la fundación Juan Muñoz el año 1562 siendo Comendador General de la Orden D. Fray Jerónimo Gallo.[1] Añade el mismo escritor que no había visto confirmada esta noticia, antes bien había leído en impresos que "entraron en México el año 1628 siendo "su fundador, primero Abad y Comendador el P. D. Fray Juan Gon-"zález." Sedano dice que fué la entrada de estos monjes el año 1627;[2] su apreciable anotador se adhiere al dictamen de Carrillo Pérez con una variante, que consiste en darles por Comendador á Fr. Juan González Gil; acaso Pérez quiso decir, lo que no pudo ser, porque hay constancia de que el año 1569 se expidió cédula para que á esta comunidad se diera cada año una dotación de mil pesos, encargando al Arzobispo que informara de su origen, fundación y estado, y de la renta que tuviese, informe que no llegó á evacuarse;[3] además, el año 1628 vino á México por Comendador de esta casa Fray Juan Pérez Gil, lo que deja entender que estaba ya fundada. Consta esto de una real cédula despachada al Conde de Salvatierra en 4 de Agosto de 1647, de que haremos mérito á su tiempo, de cuyo tenor se infiere que esta casa tuvo mayor antigüedad; por esta razón en medio de la profunda obscuridad que rodea este asunto la noticia del manuscrito que nos da Carrillo Pérez, es para nosotros una vislumbre que nos permite acercarnos al origen de este hospital.

1 "México Católico," Manuscrito inédito en dos volúmenes en folio común que se conserva en poder del Sr. Canónigo de la Colegiata de Guadalupe Lic. D. Vicente de P. Andrade y Pau.

2 "Noticias de México" recogidas por D. Francisco Sedano. Edición de *La Voz de México*, año 1880, pág. 24.

3 No hemos visto esta cédula; pero hace mérito de ella el Dr. D. Fray Juan Domínguez Araoz, primero Visitador y después Comendador del hospital de México, en una exposición que hizo al Rey pidiéndole auxilios para dicho hospital y para su iglesia, exposición de que á su tiempo nos ocuparemos.